

citia; nescitur enim utrum persona an felicitas diligatur. GREGOR. IN MORAL.

Amicitia tanto certior est, quanto vetustior. CASSIOD. IN QUOD. EP.

Vera amicitia tantum inter bonos oritur, inter bonos proficit, inter optimos consumatur. ID. IN PSALM.

Habet vera amicitia nonnumquam objurgationem, adulationem nunquam. BERNARD. IN EPIST.

Paupertas verum demonstrat amicum: quod divitiis non potes scire, paupertate scies. LAURENT. JUSTIN. DE PAUPERT. II.

Nullum tam certum est amicitiae indicium, atque non connivere delinquentibus fratribus. CHRYSOST. SERM. XVIII IN EP. AD THESSAL.

es dudosa; por cuanto uno ignora si el amigo quiere las riquezas mas que á la persona.

La amistad es mas constante cuanto es mas antigua.

La verdadera amistad solo se contrae entre hombres de bien, entre ellos se consolida, y se perfecciona entre santos.

La verdadera amistad á veces se queja y reprende, pero jamas adula.

La pobreza es el mejor medio para conocer al amigo verdadero; en la pobreza descubrirás lo que nunca descubrirías en la opulencia.

No hay prueba de amistad mas verdadera que el no contemporar con los defectos de nuestros prójimos.

AMOR DE DIOS.

I.

*Si charitatem non habuero, nihil sum...
sec tamini charitatem.*

Si no tuviere caridad, nada soy. Corred con ardor para alcanzar la caridad.

(1 Corinth. XIII, 2, et XIV, 1.)

La caridad es el colmo de la sabiduría, la obra maestra de la gracia, el principio y el fin de toda la ley, el negocio del tiempo y de la eternidad, el triunfo y la felicidad de los santos en el cielo, y la grandeza y dicha de los hombres sobre la tierra. La caridad ocupa un lugar eminente entre todas las virtudes como el oro lo ocupa entre los metales, como el sol entre los planetas, como los serafines entre los espíritus. La caridad todo lo anima; es en el orden sobrenatural lo que el sol en el orden natural. Quitad la caridad, y será lo mismo que si suprimieseis el sol. ¿Por qué estamos sumidos ahora en tanta oscuridad? ¿Por qué presenciamos tantos desastres, tantos males? Porque falta la caridad; porque los hombres en su devoradora sed de bienes materiales no se prestan á gustar un alimento tan espiritual como el del amor que debemos á Dios. Lo que aman son los placeres; lo que aman son las riquezas; lo que aman son las cosas de la tierra; lo que aman es lo que halaga las pasiones y satisface los sentidos. El amor de Dios es lo que ménos ocupa su corazón, ó, mejor dicho, lo que no lo ocupa poco ni mucho. Todo, en el vasto campo de la naturaleza, nos aconseja amemos á Dios; y por una inconsecuencia de nuestra natural corrupcion, adhiriéndonos á esas cosas que nos incitan á amar á Dios, dejamos de amarle. Estos mismos objetos, en pos de los cuales vamos, nos rechazan, diciéndonos, que no se han formado á sí mismos, sino que Dios es su Criador, y que á él debemos consagrar nuestros afectos; y con todo, es general y público el desprecio con que se mira á Dios.

A los ministros del altar nos toca recordaros vuestras obligaciones; y ya que se tiene en olvido la mas sagrada de todas ellas, permitidme que hoy os demuestre cuán obligados estamos á amar á Dios, y como debemos amarle para alcanzar la felicidad eterna.

Ayudadme antes á implorar la gracia que necesito. A. M.

1. El corazon del hombre ha sido criado para amar: el amor es su vida, dice S. Agustin; es su ejercicio capital y el centro de donde naturalmente procede; pero precisamente la mayor desdicha del hombre, ó mejor, su única desdicha, procede de la costumbre de prodigar su amor á objetos indignos de él, y negarlo á quien merece solo ser amado. Con ardoroso empeño sigue los impulsos de una pasion que le presenta atractivos falaces y una dicha quimérica en los objetos, que una funesta experiencia le muestra como origen de todos sus males; y, sin embargo, el hombre cierra los ojos á la luz de la razon y de la fe, que le señalan en Dios el único, el verdadero objeto, que merece y puede fijar su amor. Con efecto, hermanos míos, cualesquiera que sean los atractivos que el hombre pueda encontrar en la criatura, desde luego echa de ver en ella defectos capitales, incomparablemente mas propios para darle disgusto, que calidades dignas y oportunas para ganar su corazon. Sea cual fuere el beneficio que de ellas haya recibido, cualesquiera que sea la ventaja que de las mismas pudiera prometerse, jamas ha visto ni verá en los objetos de la tierra un bien capaz de llenar sus deseos. Solo Dios posee todas las perfecciones, que pueden hacer un objeto esencialmente amable en sí mismo. Dios nos ha colmado de beneficios, y aun quiere hacernos dichosos, comunicándonos la propia felicidad de que goza él mismo. ¡Cuántos motivos, pues, nos impulsan á amarle, ora con relacion á él mismo, ora con respecto á nosotros! Sus adorables perfecciones deben obligarnos á amarle por lo que es Dios en sí, á amarle sin necesidad de otras circunstancias, que nos obliguen á ello. Los bienes que hemos recibido y que esperamos recibir de Dios, deben obligarnos á amarle por nosotros mismos, por gratitud. Reconoced, hermanos míos, y prestaos á unos motivos tan poderosos.

2. Mas, ¿por qué, hermanos míos, me empeño en ponderaros las perfecciones y los títulos por los cuales merece Dios nuestro amor, perfecciones y títulos que ninguna lengua mortal sabria expresar, que ningun espíritu creado puede concebir? Para manifestaros cuán digno de amor es Dios, fuera preciso, ante todo, comprender su esencia; y precisamente nuestra inteligencia es muy limitada para alcanzar á tanto: solo Dios puede conocerse y se conoce á sí propio.

Si, pues, hermanos míos, os digo, que este Ser amable por esencia no solo es grande y poderoso, sino que es la misma grandeza y el mismo poder; que no solo es hermoso y bueno, sino que están concentradas y personificadas en él la belleza y la bondad; que no solo es santo y sabio, sino que es la misma santidad y sabiduría; si os digo, que es un espíritu infinitamente ilustrado, pues todo lo conoce; que es eterno, como que siempre ha sido y siempre será; que es inmenso, puesto que llena todos los lugares del mundo, y aun alcanza fuera de la vasta extension de los espacios; si os digo, que Dios posee todas las perfecciones imaginables, podreis formaros sin duda una grande idea de este Ser supremo; pero la descripcion será, diciéndos todo eso, todavía muy incompleta, tan incompleta como la expresion de un niño que balbucea; y despues de haberos ponderado de esta suerte las perfecciones de Dios, bien podré decir con el Profeta, que no acierto á hablar: *Nescio loqui*. Pero si el entendimiento del hombre no puede concebir las perfecciones adorables de nuestro Dios, si nuestra lengua no puede expresarlas, en cambio nuestro corazon puede amarlas: tanto como nuestro entendimiento debe temer que le deslumbre el brillo de la gloria de Dios, tanto mas nuestro corazon puede y debe entregarse al dulce placer de amarle.

Figuraos pues, hermanos míos, para excitar en vuestros corazones este divino amor, todo cuanto hay de grande en el mundo, todo lo que es capaz de fijar vuestra vista y seducir vuestros sentidos; figuraos todo lo que puede excitar la admiracion en vuestro entendimiento, interesar vuestro corazon y enternecerle; pues bien, todo esto lo encontrareis en Dios, pero de un modo infinitamente mas perfecto que en las criaturas. Yo admiro, decia á este propósito S. Agustin, la luz brillante del sol, la fecundidad de la tierra, la vasta extension de los mares, los atractivos de las bellezas mortales, la majestad de los reyes, el poder de los grandes, la elocuencia de los oradores, la sutileza de los filósofos; pero desde luego me conyenzo, de que nada de esto merece compararse con mi Dios; puesto que Dios reúne perfecciones infinitamente superiores á las que poseen las criaturas para interesar mi corazon y llenar mis deseos. ¿Qué amais, pues, hermanos míos, si no amais á Dios? ¿Amais el fausto de las grandezas, el brillo del poder? ¿Os han deslumbrado las dignidades de los grandes de la tierra? Pero qué ¿hay en todo esto algo, que merezca compararse con la grandeza de Dios? Él es el rey de los reyes, el árbitro de los soberanos; todos los potentados de la tierra no son mas que polvo, ménos aun, son nada en presencia de

su adorable majestad. ¿Os prendais acaso de la belleza de las criaturas? Y ¿qué belleza es comparable á la de Dios, principio de todas las demas, que no son sino un débil reflejo de la suya? Dios es la belleza por esencia, la belleza que se gozan en mirar los ángeles y los santos en el cielo: *In quem desiderant angeli prospicere.* I PETR. I. Finalmente, hermanos míos, si vais en busca de la bondad, Dios es la bondad por esencia, y no hay nada esencialmente bueno sino Dios: Cuanto hay de bueno en el mundo no lo es sino por una derivacion de la bondad infinita de Dios. La bondad de las criaturas es finita y limitada, y se apura, en fin, á fuerza de comunicarse; mas Dios es un océano de bondad que no se agota jamas; siempre dispuesto á comunicarnos todos los bienes que podemos apetecer, sin que sea posible menguar su caudal inmenso; siempre igual porque en él no caben las vicisitudes; siempre perfectísimo, sea cual fuere el uso que haga de su liberalidad con los hombres. Despues de esto, ¿puede nadie negar su amor á un Sér tan amable?

El amor ¿puede dejar de ser amado? dice S. Bernardo: *Quidni ametur amor?* ¡Ah! todos los dias venimos en conocimiento de las imperfecciones de las criaturas; y tales como se presentan á nuestros ojos sublevan nuestro espíritu: el que posee riquezas, carece de virtud; el que tiene poder, mira con indiferencia á sus semejantes; el que hoy os quiere, mañana os desprecia; el que desearia favoreceros, no puede; mas aun, hay bellezas de las cuales nos prendamos por algun tiempo, pero que en breve nos causan hastio. ¿Y no es una singularidad de nuestra parte, entregar nuestro corazon á objetos tan indignos de poseerle? Imperfectas son todas las criaturas, y, sin embargo, les damos todo el amor de nuestro corazon; y nuestro Dios, el mas amable de todos los séres, el mejor de todos los amigos ¿no ha de tener en él ninguna parte? ¿no ha de ver en nosotros mas que indiferencia é insensibilidad con menosprecio de su ley y gravísimo ultraje de su infinita magestad? ¿Cuál puede ser, decid, hermanos míos, la causa de que vosotros no ameís á un Dios tan digno de ser amado? ¡Ah! ya lo comprendo, es que vosotros no le conoceís, ó mas bien, que vosotros no quereís conocerle; pero admirad, contemplad sus obras, y conoceréis, dice el Apóstol, por las cosas visibles las perfecciones invisibles de su autor. ¿Qué idea no deben daros de la sabiduría, de la bondad de Dios, tantas maravillas de la naturaleza! Pues el Sér supremo, aquel que ha creado el mundo, los espacios, los astros, la tierra y todas las criaturas, ¿no ha de ser necesariamente poderoso y perfectísimo? Y si es perfecto ¿puede nadie dejar de amarle? Mas si vosotros os manifestais insensibles á la

voz de la naturaleza, que os anuncia las perfecciones de Dios, tal vez no lo sereis á los beneficios de que os ha colmado y de que os colmará todavia: segundo motivo de amar á Dios.

3. Con efecto, hermanos míos, si los bienes que hemos recibido y que esperamos recibir de una persona, son justos títulos para pagarle el tributo de nuestro agradecimiento; ¿cuánto no debemos amar á Dios de quien hemos recibido tantos beneficios, y de quien tanto debemos esperar? Esta bondad infinita se ha comunicado á nosotros y aun se nos comunica todos los dias de mil maneras, por los bienes de la naturaleza y de la gracia, y quiere comunicarnos todavia por toda una eternidad los de la gloria; de suerte, que podemos decir con verdad, que Dios, este bien infinito, es nuestro, que es bueno, no solamente en sí mismo, sino que lo es con relacion á nosotros, que es nuestro propio bien. ¿No es justo, pues, que nosotros seamos tambien suyos, y que le devolvamos amor por amor; y ya que no hemos sido los primeros en amarle, nos apresuremos á lo ménos á manifestarnos reconocidos al suyo con la intensidad del nuestro? ¿Será necesario, hermanos míos, para avivar en vuestros corazones este amor inspirado por la gratitud que debeis á Dios, recordaros los innumerables beneficios que de él habeis recibido? ¿Ignorais acaso, que á Dios debeis el sér, y que si su mano bienhechora nos abandonase, volveríamos á la nada? ¿Ignorais acaso, que de él teneis todos los bienes que poseeis, la salud, la hacienda, el talento, en suma, todo lo que sois, y todo lo que os pertenece? Pero ¿cuánto mas no le debeis aun por los bienes de la gracia que os ha concedido? No contento con haberos criado, os ha redimido de la esclavitud del demonio; y tened en cuenta, que no os ha redimido por medio del oro ni de la plata, sino á costa de su sangre. De tal suerte nos ha amado Dios el Padre, como que nos dió á su Hijo para servir de victima expiatoria de nuestros pecados. ¿Qué don mayor podia haceros? Este adorable Hijo, en virtud del amor que nos tiene, se entrega á los padecimientos, á los desprecios, á la muerte, y muerte en cruz; ¡admirable extremo de caridad! ¿Encontrareis en el mundo quien os ame hasta el punto de daros, no digo su hacienda, sino su vida, para conservar la vuestra? ¡Ah! si el mas humilde de los hombres os hubiese amado de esta suerte, ¿cuánto le amariais para corresponderle? Vosotros amais á aquellos á quienes debeis vuestra fortuna; ¿qué digo? el menor beneficio adquiere derechos sobre vuestro corazon; y ¿no amariais á un Dios de quien tanto habeis recibido, á un Dios que murió para daros la vida, que os enriquece con sus gracias, que os comunica tantos auxilios sobrenaturales con

sus sacramentos, que os tiene preparado un reino eterno, donde él mismo será vuestra recompensa, y os hará dichosos con su propia dicha?

¡Ay de vosotros si no amaseis á un Dios tan bueno! ¿No mereceriais ser castigados con el anatema que pronuncia S. Pablo contra los que no aman á Jesucristo? Sí, mereceriais, hombres ingratos, experimentar los efectos de la justicia de Dios, puesto que sois insensibles á los efectos de su amor. Estais rodeados por todas partes de sus beneficios, de los cuales se ha servido como otros tantos alicientes para ganar vuestros corazones; ha comprado vuestro amor dándose á sí propio por precio, y vosotros le rehusais ese amor de que le sois deudores por tantos títulos! ¡Ved cuán injustos sois con Dios por la insensibilidad que revelais con respecto á vosotros! ¿Quién está mas interesado en el amor que Dios os pide, Dios ó vosotros mismos? Dios no os ha menester á vosotros ni vuestro amor, siendo así, que vosotros habeis menester á Dios; y si dejais de amarle, os acarreais la mayor miseria, puesto que no podeis ser dichosos sin el supremo bien, que no poseereis jamas si no le amais. Si Dios os ama, es por un puro efecto de su bondad; pero al amar vosotros á Dios cumplís con un deber y procurais por vuestro interés; vosotros sois los que salís perdiendo al dejar de amarle.

Si un monarca de la tierra, un grande del mundo, de quien esperaseis conseguir una fortuna, os ofreciese su amistad y os pidiese en cambio la vuestra, ¿se la negariais? Pues bien, los reyes de la tierra, los grandes del mundo no llevan hasta tal punto la condescendencia de ofrecer su amistad indistintamente á todos sus súbditos; al contrario, les miran como á servidores suyos. Y Dios, infinitamente superior á todos los reyes de la tierra, en vez de tratarnos, solamente como á servidores, quiere que seamos sus amigos: *Jam non dicam vos servos, sed amicos.* JOAN. XX. El mas humilde, el mas miserable de los hombres puede, lo propio que el mas grande, aspirar á este favor; y los que lo deseen con eficacia, están seguros de alcanzarlo. Desde el instante en que amamos á Dios, tenemos la seguridad de que él nos ama; no sucede lo propio con los hombres, pues vemos con frecuencia, que al solicitar una amistad no se necesita mas para verla frustrada; y aun muchas veces los obsequios que se dispensan á una criatura, por el mismo celo con que se procura agradarle, son desatendidos y desdeñados; los mejores servicios se pagan con ingratitud; y á pesar de todo esto, se tiene apego á esas criaturas, á esos hombres ingratos, y no se ama á Dios, el mejor, el mas sincero, el mas fiel de todos los amigos. ¡Inconcebible ceguedad huma-

na! ¿dónde está vuestro juicio? ¿dónde vuestro corazon? ¿Hay siquiera uno de vosotros que no haya recibido mercedes, y no tenga que esperar todavía otras de Dios nuestro Señor? ¿Hay alguien que mejor que Dios merezca vuestro amor? Amadle pues, dice S. Juan, puesto que él se ha anticipado á amaros: pagadle amor con amor; sed todos de él ya que él es todo de vosotros. Pero; ¿cómo debemos amarle? Hé aquí lo que voy á manifestaros.

4. El modo de amar á Dios es amarle sin medida. La caridad es una virtud diferente de las demas, que pueden degenerar en defectuosas al excederse de un término medio; así la liberalidad degenera en prodigalidad, la fuerza en temeridad, cuando traspasan los límites que tienen señalados. Con respecto al amor, empero, sea cual fuere el que tengamos á Dios, siempre será infinitamente menor del que Dios se merece, porque siendo infinito el objeto de este amor, merece ser infinitamente amado. ¿Qué regla, pues, puedo prescribros, hermanos míos, para cumplir con este esencialísimo mandamiento? Una sola; la que Dios nos ha prescrito en los términos de la ley. Amaras, nos dice el Señor, á tu Dios con todo tu corazon, y con toda tu alma y con toda tu mente: *Diliges dominum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tote mente tua.* MATTH. XXII, 37. Este amor debe proceder del corazon como de su principio; y debe manifestarse en todas las palabras. Amor sincero, amor eficaz: dos calidades del amor de Dios, que voy á explicaros.

Lo que quiere el Señor, hermanos míos, es el corazon. Dios le ha formado, y tiene un derecho incontestable á todas sus aspiraciones. Y ¿nos lo habria dado para no ser amado, y para que lo entregásemos á otro? Dios es su Señor y su Maestro; á Dios le corresponde, por consiguiente, designar á este corazon el objeto que debe amar: este derecho nadie absolutamente lo tiene sino Dios. Los monarcas de la tierra tienen sin duda derecho á que les obedezcan sus súbditos; los amos, á que les sirvan sus criados; mas el poder de los unos y de los otros no alcanza al derecho de hacerse amar de sus subordinados: mientras éstos obedezcan y cumplan con su respectiva obligacion, no pueden exigirles mas. Pero Dios, que conoce el fondo de nuestros corazones, y que es el dueño absoluto de ellos, quiere que le prestemos todos los homenajes: Dios considera los humanos corazones como un templo animado donde deben hacérsele sacrificios; y estos sacrificios son los del amor, que deben desterrar del corazon cualquiera otro objeto que no sea Dios; del amor que ha de consagrarle enteramente á Dios.

Ahora bien, ¿en qué consiste este sacrificio del amor? ¿qué obli-

gacion impone Dios al hombre al exigirle que le ame de todo corazon? S. Tomás nos dice, que ha de ser un amor especial, un amor preferente, en virtud del cual, amando á Dios mas que á todas las cosas, le prefiere á todos los otros seres y objetos, y está dispuesto á perderlo todo antes que apartarse de Dios. Tal es el amor que debemos profesarle; amor que no consiste en una ternura, en una sensibilidad, que no está á nuestra disposicion ó que no sentimos; ni tampoco en un arranque de fervor, que puede sernos comun, y que Dios no exige de nuestra debilidad; sino en un amor especial, escogido y preferente, que haciéndonos considerar á Dios como el mas perfecto, el mas amable de todos los séres, nos adhiere á él con lazos tan estrechos, que nada es capaz de romperlos. Vosotros, hermanos míos, amareis á Dios con este amor de preferencia si estais prontos á sacrificarlo todo por él, á renunciarlo todo para amarlo, á perder vuestra hacienda, vuestra salud y aun la vida, antes que separaros de él; á incurrir en la desgracia de todos los hombres, á someteros á todos los males del mundo antes que determinaros á perder la amistad de Dios. Pero si teneis apego á algun objeto que Dios os prohíbe amar; si posponeis sus beneficios al favor de tal ó cual criatura, que es vuestro ídolo, de este ó aquel hombre á quien temeis, ó de quien esperais alguna gracia; si preferís ofenderle á trueque de no privaros de ese placer, de no renunciar á esa hacienda, de no experimentar ese desaire, esa afrenta, ese menosprecio, ese contratiempo; ¡ah! entónces no amais á Dios con ese amor de preferencia que le debéis, supuesto que le sacrificais á la criatura, á vuestra hacienda, á vuestro deleite, á vuestra pasion. En vano protestareis de vuestro amor; vuestro corazon contradice vuestras palabras. Consultadlo, hermanos míos, y examinad si realmente domina en vuestro corazon algun deseo criminal, si le ocupa alguna pasion, el deleite, el interés, la venganza; y si así fuere, ¡ah! confesad que no amais á Dios, porque el amor debe desterrar de vuestro corazon cualquier otro apego que arrebatte su posesion á Dios. Él quiere vuestro corazon, luego es preciso darlo exclusivamente á Dios, es preciso que no lo compartais con otros objetos, pues no solamente os pide Dios vuestro corazon, sino que os lo pide todo entero. Es un Dios celoso, que no puede tolerar la menor division; rehusarle una parte, es negárselo todo: Dios es el único que comprende en sí todas las cualidades para ser amado, y que merece serlo infinitamente, no solo por su grandeza, sino porque tiene derecho sobre todas las aspiraciones de nuestro corazon. ¡Ah! Señor; ¿no advertís que el corazon es harto pequeño de suyo, y que su amor es muy limitado y

exíguo en comparacion del que vos mereceis? ¿cómo es posible, que se le comparta? Y ¿no seria haceros una injuria el consentir en nuestro corazon cualquier otro dueño fuera de vos?

Apartaos, hermanos míos, de los que pretenden hermanar en su corazon el amor de la criatura y el del Criador, de los que posponen voluntariamente á Dios antes que emanciparse del señorío de alguna pasion, de algun objeto que Dios les prohíbe amar, y únicamente le sacrifican algunas de las inclinaciones que el Señor nos tiene vedadas. Dios no agradece el amor de un corazon que no es suyo por completo; desde el instante en que observa en él algun objeto que le desplace, se retira. Digo algun objeto que le desplace: porque Dios, hermanos míos, no nos prohíbe amar absolutamente á sus criaturas; así, no nos prohíbe amar á nuestros padres, á nuestros amigos, á las personas que nos favorecen; aun mas, nos manda que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos: pero este amor debe referirse á Dios, de quien ha de tomar origen y motivo; porque si con el amor á Dios se tiene simultáneamente apego á otro sér, por lo que es en sí y no con referencia á Dios, ya no se le ama como se debe. ¿Cuáles son, pues, los objetos cuyo amor nos prohíbe el Señor? Son todos los séres y objetos cuyo amor es incompatible con el que debemos á Dios; como la ciega pasion que nos induce al pecado; las personas con las cuales se mantienen relaciones criminales: ved aquí las inclinaciones que el amor divino no puede tolerar en un corazon que quiere pertenecer á Dios. Este amor, que es eficaz como la muerte, dice el Espiritu Santo, ha de producir en vuestros corazones los efectos que la muerte natural produce sobre el cuerpo, esto es, así como la muerte separa el alma del cuerpo, así tambien el amor de Dios debe separaros de todos los objetos sensibles; debe haceros morir para todos los vanos deleites que encontrais en las criaturas con el objeto de uniros al Criador. Es un fuego celestial que debe destruir en vosotros todas las inclinaciones terrenales, que debe consumir todo amor profano para fijaros exclusivamente en Dios. Este fuego debe obrar no solo en vuestro interior, sino que, ademas, debe manifestarse en el exterior por los resultados, porque así lo previene la ley, segun la cual debemos amar á Dios con todas nuestras potencias.

5. Si para cumplir con el divino precepto, bastase profesar á Dios la estimacion natural y la bondad de sentimientos que inspira el conocimiento de sus infinitas perfecciones; si bastase para que fuese perfecto este amor pronunciar algunas oraciones, y elevar hácia él algun suspiro desde el fondo del corazon, y aun derramar al-

gunas lágrimas de ternura, bien puede decirse, que de los mandamientos de la ley, el primero sería el mas fielmente observado, supuesto que esos buenos sentimientos, esas palabras afectuosas, esos suspiros, esas lágrimas no son inasequibles muchas veces aun á los que están dominados por el apego á las criaturas. Pero nó, hermanos míos; el verdadero amor no se encierra en límites tan estrechos; no consiste en los sublimes sentimientos que puedan tenerse de Dios, ni en las palabras afectuosas que pueden pronunciarse; sino en la observancia de todos sus mandamientos. Si la amistad consiste en la conformidad de las voluntades, no se puede amar á Dios sin satisfacer su voluntad, y no puede satisfacerse su voluntad sin amarle. Así, pues, si alguno dice, que ama á Dios y no cumple sus mandamientos, es un hombre falaz, dice el discípulo amado, y la verdad no está en él. I JOAN. II, 4. ¿Deseais, pues, hermanos míos, conocer cuál es el hombre que ama verdaderamente á su Dios, y si este amor reina tambien en vuestros corazones? Un hombre que ama á Dios nada teme tanto como desagradarle, y procura hacer su voluntad en todo lo que emprende, dedica todas las potencias de su alma á servirle y glorificarle, rinde cada dia á su Criador el debido tributo por medio de la oracion, la adoracion y demas ejercicios que la religion le prescribe; nunca toma inútilmente en boca su santo nombre, siempre lo pronuncia con respeto, y dedica á su servicio los santos dias del domingo y de fiesta. El hombre, que ama verdaderamente á Dios, da á cada uno lo que le pertenece, el honor debido, no agravia á nadie, perdona generosamente las injurias, y conserva con el prójimo los vínculos de paz que el Apóstol recomendaba á los primeros cristianos. El hombre, que ama á Dios, no tiene apego á los bienes y honores del mundo, á los placeres de los sentidos; modera sus pasiones, es humilde en la prosperidad, paciente en la adversidad; porque la caridad ejerce su imperio sobre todas las virtudes, y hace que todos cooperen á sus intentos, y se sirve de la fortaleza para superar todos los obstáculos que se presentan en el cumplimiento de sus deberes; de la justicia, para respetar y defender los derechos ajenos; de la templanza, para vencer los atractivos del deleite; del celo, para procurar la gloria de Dios; en una palabra, la caridad comprende todas las virtudes, y es el complemento y la plenitud de la ley, dice S. Pablo. La caridad no hace excepcion de mandamientos; sabe bien, que al quebrantar uno, el hombre se se hace reo de todos los demas, como dice el apóstol Santiago: *Qui peccat in uno, factus est omnium reus.* JAC. II, 10.

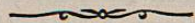
Observad, hermanos míos, que aun cuando la caridad perfecta

comprende una voluntad sincera de cumplir toda la ley, está sujeta, sin embargo, á una ley particular distinta de las demas, como quiera que tiene un objeto propio, que es Dios, considerado en sus infinitas perfecciones; mas claro; en virtud del primer mandamiento, estamos obligados á amar á Dios, no solo por el bien que nos dispensa, sino tambien por lo que Dios es en sí, un sér infinitamente perfecto, obligacion de la cual no podríamos nosotros salir airosos. ¡Ah! si conociésemos los infinitos títulos por los cuales debemos amar al Sér supremo, no habria momento de nuestra vida en que no manifestásemos nuestros transportes de amor á Dios; haríamos en la tierra lo que en el cielo hacen los santos, cuya ocupacion se reduce exclusivamente á amar á Dios, con lo cual mereceríamos amarle como ellos por toda la eternidad: obligacion, que, por otra parte, podemos cumplir con la mayor facilidad por medio de la gracia de Dios, que nos proporciona de esta suerte grandes beneficios y ventajas. Con efecto, hermanos míos, para amar á Dios no hay necesidad de ser rico, sabio, ni aun santo; basta tener corazon, y ofrecerlo á Dios como podemos todos hacerlo. Así el pobre como el rico, el ignorante como el sabio, el que está enfermo como el que tiene salud, pueden cumplir con el precepto de amar á Dios; muchos no pueden ayunar, ni dar limosna; pero todos pueden y deben amar á Dios. Pues bien, si amamos á Dios, como debemos, tenemos una seguridad de ser amados; y, en este caso, ya no nos queda cosa alguna que desear. Amemos, pues, hermanos míos, amemos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazon, pues él nos lo manda, y está en nuestro propio interés el amarle; manifestemos con frecuentes actos este amor, y especialmente en la hora de la muerte.

Mas ¿con qué señales conoceremos que este amor domina en nuestros corazones? La primera es una dulce inclinacion á recordar con frecuencia los títulos por los cuales merece ser amado el Dios á quien nosotros servimos. La segunda consiste en hablar á menudo y gustar de que se hable de él. Quien ama, nunca se cansa de hablar del objeto de su amor y siempre habla de él con placer; un amigo se complace en ponderar las buenas cualidades de su amigo, y los beneficios que ha recibido de su mano. ¿Hablais á menudo de Dios? ¿Cuál es el asunto mas ordinario de vuestras conversaciones? Hablais de la tierra, de vuestros placeres, del objeto de vuestra pasion, porque vuestro corazon está adherido á esos objetos, y la boca habla de lo que abunda en el corazon; pero vosotros no hablais de Dios; luego no le amais. La tercera señal del amor que se tiene á alguno consiste en desear su compañía, en conversar con él, y visitarle á me-

nudo; si vosotros amaseis á Dios, os complaceriais en él, le visitariais en su santo templo y en las personas de los pobres. La cuarta señal y práctica de amar á Dios se reduce á obrar en su nombre, ofrecerle no solamente todos vuestros pensamientos, sino tambien todos vuestros actos; no hacer cosa que le desagrade; tener horror profundo al pecado, y cumplir siempre su santa voluntad, prefiriéndola á todo. Si amais á Dios, no solamente obrareis en su nombre, sino que aun padecereis por él. Para un corazon que ama nada es penoso, cuando se hace en obsequio del objeto amado; y si algo hay que padecer por él, se ama el padecimiento.

Finalmente, si amais á Dios, en cuanto esté de vuestra parte, procurareis su gloria, impedireis que le ofendan los demas; y si no podeis impedirlo, gemireis y sufrireis al ver que se le ofende. Pues ¡qué! ¿veriais con sangre fria insultar en vuestra presencia á vuestro padre, á vuestro amigo? Y ¿escuchais como se ofende á vuestro Dios sin tomar su defensa contra los que le ultrajan? ¿Dónde está vuestro amor? ¿Dónde vuestro celo por su gloria? *Sectamini charitatem*, os diré, pues, con el Apóstol. Procurad alcanzar la caridad. Decidle á menudo al Señor con el mártir S. Ignacio: Señor, danos tu santo amor, y seremos ricos; no te pedimos bienes, ni honores de la tierra, sino la gracia de amarte. Decidle, pues, hermanos, con el santo obispo de Hipona: Belleza siempre antigua y siempre nueva, ¡cuánto he tardado en conocerte y amarte! *Sero te amavi*. ¡Ay del tiempo que hemos perdido! pero queremos repararle con el mas ferviente amor. ¡Oh fuego divino, que ardes sin extinguirte! aviva esa llama, que ha de consumir en nosotros todo apego á lo terrestre, para trasformarnos en tí ahora y por toda la eternidad.



AMOR DE DIOS.

II.

Diliges Dominum Deum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.

Amarás al Señor tu Dios de todo corazon, con toda tu alma y con todo tu espíritu.

(S. Mateo, xxii, 11.)

Nunca reflexiono sobre estas palabras del Evangelio que no me pame de que los hombres, que no son hechos sino para Dios, piensen tan poco en amarle, que sea necesario obligarlos por un precepto expreso. Sin que nos digan que amemos á nuestros parientes, á nuestros amigos y á nuestros protectores, les damos nuestro afecto y nuestros cuidados, les ofrecemos nuestros servicios, y les manifestamos nuestro reconocimiento; y no es necesario que nos digan que amemos á las criaturas, pues demasiado las amamos, y muchas veces con furor y con locura. Es posible, ¡oh mi Dios, que seais vos solo el único á quien miramos con indiferencia! Es cierto, que si yo pregunto á cada uno de vosotros, si ama á Dios, no hay ninguno que no responda resueltamente que le ama. Hasta las personas mas enfrascadas en el mundo, dicen que aman á Dios, no á la verdad como es amado por muchos justos, sino como puede ser amado en medio de las distracciones mundanas. Para discernir, pues, el verdadero amor del aparente, que está hoy sujeto á tantas ilusiones, juzguemos de él por la regla, que Dios mismo nos da: yo la hallo en la exposicion simple de las palabras del precepto: *diliges Dominum Deum tuum*: amarás al Señor tu Dios: ved aquí la mas esencial de nuestras obligaciones, que expondré en mi primer punto: *ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua*. Le amareis de todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todo vuestro espíritu: ved aquí el modo con que debemos cumplir esta obligacion;